

SAN JUAN DE LOS REYES

El ánimo entristecido se espacia y se consuela en el seno del arte. Parece el arte un mundo misterioso, superior á la estreha tierra en que vivimos, lleno de las armonías que conciertan las contradicciones de nuestra limitada naturaleza. Por eso, cuando el dolor nos atormenta, la voz de un poeta, el eco perdido de una armonía, derraman bálsamo consolador en el corazón. El hombre, que se levanta sobre toda la creación, que comprende en su pensamiento las leyes del espíritu y de la materia, sufre el martirio de su grandeza. El pensamiento, que vuela más que la voluntad, se cierne sobre los astros, finge mundos sonrosados por eterna felicidad, y pinta siempre en lontananza un ideal de virtud y de hermosura, que no podemos alcanzar, sinó después de la

muerte. La vida en esta cárcel, aunque hermosa por tantas esperanzas, es muy trabajosa; pasa entre ilusiones, amores, dudas, incertidumbres, sin llegar nunca á fijarse en un punto, como inquieta mariposa que liba todas las flores sin pensar si liba miel ó veneno. Si en este largo camino, sembrado de abrojos, encontramos un instante de felicidad, lo guardamos como un depósito sagrado eternamente en la memoria. Cuando nos duele el corazón, cuando las tinieblas que se levantan del fondo de los abismos lo oscurecen todo, el recuerdo de aquella felicidad nos convida á vivir, y nos infunde esperanza. ¡Ah! Es la esperanza como el resplandor que atraviesa las negras nubes de la tempestad, como la flor que nace en el desierto, como las estrellas que lucen serenas en la triste noche. Del fondo del arte se levanta en toda su pureza, la esperanza. El arte nos recuerda que somos inmortales, que las cadenas de nuestra servidumbre en la tierra se han de quebrar algún día, que este mundo se perderá en la nada, mientras nosotros volaremos al cielo. Es imposible que el hombre que canta más suavemente que el ruiseñor y el aura; que tiene en su cerebro más ideas que estrellas el cielo; que anima las piedras y las tablas con el

poder de su pensamiento; que levanta un mundo espiritual sobre la naturaleza, se convierta en polvo, mientras viven gloriosa vida sus obras. Así como la creación con sus maravillas atestigua la existencia de Dios, el arte atestigua la inmortalidad del hombre. Esta sed de lo infinito que nos aqueja, este continuo tormento, este vacío del corazón dice que somos desterrados, que venimos de otro mundo mejor, y que todo nuestro gran trabajo consiste en levantar una escala misteriosa para subir á ese mundo. ¿Por qué, en la callada noche, cuando la luna se refleja en el mar, y tiñe de misteriosa luz el horizonte, y las áuras nos regalan el aroma de las flores, los gorgoros del ruiseñor, el alma, delante de aquel cuadro, se forja otra vida mejor, otro espectáculo más bello, otro mundo más grande? Porque el alma es del cielo. Gota de rocío caída en un poco de polvo, como una lágrima de Dios, se evapora, y se pierde en lo infinito, en lo eterno, que es su centro.

Todas estas reflexiones me asaltaban en una hermosa tarde de verano, mirando á San Juan de los Reyes en Toledo. Después de pararme ante el edificio, volví los ojos á la vega. El sol descendía majestuosamente á su ocaso,

reverberando en el ancho río sus áureos rayos. La campiña cubierta de un verdor claro, alegraba el alma. Las cúspides de San Juan de los Reyes se destacaban en el azul del cielo, y el cuerpo del edificio se veía entre las colinas cubiertas de árboles, que formaban como el fondo del cuadro. Me detuve á contemplar el exterior del templo, y apenas pude apartar la vista del ábside hermosísimo de la iglesia. Dos órdenes de arcos lo adornan, seis pilastras lo filigranan, pilastras que rematando en airoas agujas, selevantan al cielo como la oracion del creyente. El pensamiento se queda absorto al contemplar la cadena de los cautivos, que redimió la próvida mano de la gran Isabel. Esta idea de libertad unida á la idea de religion, aquella ofrenda de las cadenas, que se presenta á Dios como en señal de su victoria, hace prorumpir el alma en un himno de alabanza á las glorias nacionales y al Dios de nuestros padres, en uno de esos muchos himnos, cuya uncion infunde el arrobamiento y el éxtasis. Admiranse luego los brazos del crucero ostentando sus ojivales ventanas, que anchas y rasgadas y vecinas del cielo, parecen abrirse para recoger la más pura y más nueva luz de los astros. La cúpula que sobre el ábside se levanta,

parece en sus mil recamados adornos la corona centelleante del edificio, que alzándose de la tierra parece como que toma todos los matices del cielo. ¡Qué hermoso conjunto forma aquella crestería, toda recamada de piedras que parece espiritualizada por los adornos y próxima á doblarse al beso de las áuras, como las copas de los árboles!

Contemplando el exterior del templo, me quedé absorto en la gran idea que estos monumentos representan. Al levantarse de la tierra, como la naturaleza, se presentan varios, múltiples, abrazando mil minuciosidades, mil pormenores, como otras tantas ideas esparcidas en sus muros; pero conforme se elevan en los aires, conforme van ascendiendo á los cielos, sus líneas esparcidas se unen, se dirigen á un fin, rematan en un punto, como toda la religion concluye y remata en la unidad de Dios.

Cuando más me acercaba á mirar los detalles de la crestería, los adornos del ábside, más me exaltaba y embebecia. Aquellos arabescos tan sublimes, aquellos botareles tan ligeros, las cupulillas caladas con mil y mil adornos, las paredes bordadas, ideizada la piedra; escondidos mil primores en cada línea, en cada rasgo del cincel, la armonía que ofrece, la armonía,

esa necesidad del espíritu, todo, todo cuanto veían mis ojos, todo levantaba mi corazón á esa tranquila felicidad que sólo se encuentra en el cielo del arte.

Los rayos del sol poniente, que se quebraban entre los calados de las piedras, rodeándoles de un áureo éter que á mis ojos asemejaba á las emanaciones de un espíritu encerrado en la naturaleza; los rayos del sol poniente, tan bellos, tan melancólicos, aumentaban la grandeza de la fábrica en sus libres resplandores. Estas son las ideas que me asaltaron al contemplar en su exterior San Juan de los Reyes. Entré en seguida en el interior. Una fuerza interior hace vivir y crecer y trasformarse y reproducirse á los seres de la naturaleza. El arte no sería nada sin la idea que le anima. La creación es mundo, no del hombre sólo, sino de otros muchos seres. El arte es el mundo exclusivo del hombre. Nadie como el hombre lo comprende. Sólo el poder del hombre lo ha creado. La idea que dió vida al templo de San Juan de los Reyes, comenzaba á levantarse en mi mente. Era la idea católica. La unidad es el alma de esta idea. Por eso todas las líneas de esos arcos góticos suben al cielo y se unen armoniosos en un punto. Por eso se ven todos los

pensamientos del artista reunirse en la unidad de Dios, que representa el templo de una manera admirable, como un eterno símbolo. Pero, además, el templo de San Juan manifiesta en sus arcos, que la idea oriental ha derramado sus semillas en el génio español, y en sus esculturas, que la idea griega deslumbra en sus resplandores el mundo.

Y en efecto; ese lujo en la ornamentación del templo, es lo que el romance morisco en la literatura. El monumento de piedra sombreado de palmas, de flores, de toda suerte de adornos, prueba que el génio oriental es ya cautivo del génio español, y como cautivo, hermosea los templos de su Señor. El romance morisco, probaría, si la historia se perdiera, que nuestros padres habían respirado el balsámico ambiente de los reyes de Granada. La musa española á fines del siglo decimo-quinto, en que se levantó el templo de San Juan de los Reyes, ceñida de la luz cristiana, vagaba á las orillas del Darro y del Genil, para celebrar aquellas sin par victorias, y recogía, volando por sus orillas, el azahar, las palmas, el mirto, las flores de aquellos orientales campos. Así, el caballero, con los ojos puestos en el cielo y el pensamiento en su dama, á la luz de la luna, en

la callada noche, respirando las áuras embalsamadas por los perfumes de flores orientales, al pié de una palmera, entonaba una canción amorosa, filigranada con los esmaltes de la poesía de los árabes.

Y como el arte es uno en esencia, aunque vário en sus manifestaciones, el génio de Oriente filigranó esas columnas de San Juan de los Reyes, esos arcos, esas repisas con adornos que parecen un encaje de piedra que va á doblarse al arrullo del aire.

Y como ningún pueblo ni época vive fuera del gran movimiento que impulsa á toda la humanidad, la restauración del mundo clásico se ve manifestamente en las hermosas estatuas que adornan el claustro de San Juan de los Reyes. La escultura es el arte más propio de la antigüedad, de aquel mundo de las artes. El gran movimiento de restauración clásica, que ocupa toda la Edad media, crece prodigiosamente al finalizar el siglo décimo-quinto. Constantinopla va cayendo en poder de los turcos, y sus hijos dispersos llevan, como Eneas fugitivo, los dioses lares á Italia. Y entre estos dioses lares se encuentran las reliquias del arte clásico. El mundo moderno se prosterna delante de aquellos recuerdos, y los aloja en sus mu-

seos y en sus bibliotecas y les pide inspiración y luz. Y esta inspiración se refleja en la frente de las estatuas debidas á los artistas de fines de aquel siglo.

No parece sino que al empezar la Edad moderna todos los elementos del mundo antiguo se compendian en estos grandiosos edificios. Las edades del mundo se encuentran representadas en San Juan de los Reyes, y como compendiadas en piedras, la Edad oriental, la Edad clásica y la Edad media.

Estas ideas me asaltaban en el hermoso claustro de San Juan de los Reyes. Es el claustro una verdadera maravilla. Sus ventanas rasgadas, góticas, están sembradas de infinitos adornos que ha dibujado maravillosamente el cincel, como si fuese blanda cera la piedra. Entre las ventanas y al frente, se levantan bajo doseletes admirablemente trabajados sobre repisas desnudas de laboreo de una hermosura inexplicable, sirenas, estatuas. Los arcos de un gótico purísimo forman una bóveda, que llama el pensamiento al cielo.

La mano de los franceses profanó este claustro, lo incendió; mostrándose así los soldados del imperio tan bárbaros como los soldados de Atila. Una tristeza infinita cubre el alma cuan-

do se ven mutiladas las estatuas, rotas las columnas, esparcidas en el suelo las hermosas flores de piedra, suspendido milagrosamente algun trazo de arco de las bóvedas medio arruinadas; é involuntariamente se nublan los ojos de lágrimas considerando aquella triste imágen de la descomposicion y de la muerte. Sentado en una piedra me puse á reconstruir con la imaginacion el cláustro. Me parecia ver concluidos los arcos, puestas en su pedestal las estatuas, cubiertas de vidrios de colores las ventanas descomponiendo en sus varios matices los rayos de luz; me parecia oir á lo léjos el canto de los monjes subiendo al cielo acompañado de las notas del órgano, y por aquellas puertas imaginaba que aparecian Cisneros, Colón, Isabel la Católica, el Gran Capitan, aquellos héroes que sobrellevaban en sus hombros el peso de la tierra.

Los árboles dan á las ruinas un tinte triste en vez de alegrarlas. Las ramas llenas de savia, los pájaros que cantan, las flores que caen sobre las piedras, el verde lagarto que entre las ruinas se desliza, parecen con el contraste de su vida aumentar la tristeza de la muerte. Mi alma se sumergia, se abismaba en un dolor infinito. ¡Por todas partes ruinas! ¡Ah! En la

naturaleza el árbol que cae, deja semilla y produce un nuevo árbol. La gota de agua que se evapora vuelve á caer convertida en lluvia. ¿No ha de suceder lo mismo en el mundo moral? Con estas reliquias del arte, ¿no se inspirarán innumerables artistas? Consérvense estas fuentes de santa inspiracion, estos tabernáculos del espíritu de nuestros padres, piedras miliarias que atestiguan el camino que lleva la humanidad en la tierra.

Despues de dirigir las últimas miradas al cláustro, recogí algunas flores que guardé cuidadosamente. Me parecia que en su esencia aspiraba el espíritu cristiano que dió vida al hermoso edificio. En el altar de la naturaleza el aroma de las flores es como incienso, que sube incesantemente á los cielos. En esa esencia misteriosa, invisible, que se pierde en los pliegues del aire, se oculta el alma de la creacion. La materia, cuando es tan ténue como el aroma de la flor, como los átomos de oro en que se bañan los mundos, se parece al espíritu.

Guardé aquellas flores, y me encaminé al templo. Subí á la tribuna con un respeto indecible. Me parecia que los grandes héroes que ántes la pisaron, aquellos conquistadores del mundo, reconvenian en mí á todas las genera-

ciones presentes. Me parecía oír á Cisneros que me decía: ¿Dónde está mi Oran? ¿Quién es hoy su dueño? ¿Habeis, españoles, llevado vuestras enseñas victoriosas hasta el Atlas? Yo callé. El cañon de los moros del Riff resonaba como una maldicion en mis oidos, y bañado en un sudor frio, caí de rodillas sobre el pavimento, pidiendo á Dios que dirija una mirada de amor á la pobre España, y reanime nuestro decaido espíritu. No, no es posible que se pierda nuestro carácter. Nosotros nos levantaremos del polvo en que yacemos.

Che l'antico valore
non é ancor morto.

En el templo de San Juan de los Reyes resplandece maravillosamente la idea de Dios. Delante de estas ideas, todas las demás se eclipsan como las estrellas en presencia del sol. ¿Será posible que algunos desgraciados vean el cielo vacío? ¿Será posible que en estos templos no alcancen á oír la voz de Dios, que resuena en sus bóvedas? Yo veo á Dios aquí, en su santuario, y me parece cada piedra como las notas de un canto, la revelacion de su grandeza. ¿Qué serian el mundo y el arte sin Dios? Un santuario vacío, un templo destrozado. ¿Qué

seria sin Dios la conciencia? Como un mar corrompido, sin luz y sin aire. La idea más real, más hermosa, es la idea de Dios. Sobre ella gira como sobre un eje de diamantes el espíritu y la naturaleza. Sin Dios, todo seria mentira.

La luz de la tarde que teñia de un misterioso resplandor el templo, aumentaba sus hermosas proporciones, como entristecia el alma la soledad que en él reinaba. El reflejo del sol poniente se asemejaba al centellear de una lámpara moribunda. Las sombras, con sus dudas, envolvian las estatuas y las idealizaban; el calado de las piedras era á mis ojos como blancas flores depositadas en el templo por la mano invisible de un ángel.

La armonía de este hermoso templo derrama plácida tranquilidad en el alma. Descansa en aquellos arcos tan concluidos, en aquellas columnas tan esbeltas, como en un suave concierto. Todas nuestras facultades se avivan bajo estas bóvedas. El pensamiento ve á Dios, la voluntad se fortifica para proseguir el gran combate de la vida, la imaginacion se espacia como en su cielo, y todo nuestro sér siente una indefinible melancolia más dulce y más grata que todos los placeres de la tierra: esa melancolia que produce la aspiracion á lo infinito. El

hombre siente en sí un deseo que le lleva á romper las estrechas condiciones de su sér, y abismarse en el mundo que pinta la idea en la mente. Alabemos esa aspiracion del cielo, que si nos hace padecer en la tierra la tristeza del désterrado, nos mueve á dejar por do quier testimonios de nuestra inmortalidad y de nuestra grandeza. El templo de San Juan de los Reyes, símbolo de lo infinito, prueba que si el hombre por su organizacion pertenece á la tierra, por su pensamiento pertenece al cielo. Si alguna vez por tu desgracia lo dudas, lector, acércate á uno de esos templos y encontrarás en ellos prueba de tan consoladora verdad, y verás en ellos la realidad de Dios y la inmortalidad del alma.

INAUGURACION

DE LA CANALIZACION DEL EBRO

I

Sr. Director de *La Discusion*.—Mi querido amigo: Confieso que la inauguracion de un ferro-carril, de un canal, de un telégrafo eléctrico, de una fábrica, de cualquier gran obra de la industria, me entusiasma; porque me parece un lazo más que une á los pueblos, un conductor más de las ideas, un instrumento de libertad y progreso puesto en las manos del hombre, que camina con los ojos fijos en un ideal de verdad y justicia hácia su perfeccionamiento.

Cuando veo los telégrafos eléctricos y los caminos de hierro, me levanto en alas de la imaginacion á Dios para tributarle mis loores por el constante amparo con que pródigo asiste